

Autopsia

Vanessa Bonilla

Vanessa Bonilla

AUTOPSIA



Capítulo 1

El doctor estaba en una morgue helada y el único que apestaba era él. Se podía olfatear su propia decadencia, sus huesos achacados en rodillas entumecidas, su loción caduca de hacía treinta años y hasta la tinta azul de la pluma que le había manchado las yemas de los dedos al firmar su retiro. Le quedaban dos, tres semanas a lo mucho. De vida, digo. El retiro era solo una forma amable de sus jefes en desearle suerte en el purgatorio y, tal vez —aunque no fuera muy probable—, en la vida eterna. Eso pensaban ellos, que le hacían una buena obra, pero, para el doctor, aquel retiro no era más que una bofetada, una manera miserable de arrojarse en una sábana calientita y mandarlo a su casa con un cheque en mano que jamás llegaría a cobrar.

Se moría pues, todos se mueren en algún punto —él sabría—, pero ¿qué pasaría con sus restos? ¿Quién heredaría su pensión? El doctor estaba solo desde hacía ya mucho tiempo. No le quedaba nadie, ni siquiera una miserable mascota que le hiciera compañía. El ser vivo más cercano que tenía era un gato callejero que rondaba por su calle y hasta aquel animal pordiosero prefería quedarse de vago que quedarse a vivir con él.

La soledad, la muerte inminente, las decisiones que le habían traído hasta ese momento y los errores que soñaba con enmendar eran solo algunos de los pensamientos que aleteaban con frecuencia en la mente del viejo. Había un recuerdo en especial, uno que le rasgaba el pecho como aquel gato vago, a ratos.

No, ahora no podía pensar en ello, así que se arremangó la bata blanca y abrió el paquete de guantes con sus dientes sarrosos. Estiró el látex sobre sus manos arrugadas y suspiró.

Era tiempo de comenzar su último trabajo.

El doctor jaló la sábana que ocultaba el primer cadáver del día y lo miró, flemático. El muerto era un chico. Tenía la nariz respingada, la quijada prepotente y unos rizos abundante que escondía parte de sus cejas brumosas. Según decía el informe parcial, no tenía más de diecisiete años y sus facciones remarcadas se encontraban distorsionadas por aquellas de su muerte. Sus labios, cuello y cara escondían coloraciones violáceas por la falta de oxígeno.

El doctor se acercó a los párpados del chico con la eficacia de un experto y, al abrirlos, resaltaron los ojos café claros del joven, enrojecidos a su alrededor. Le abrió la boca y analizó la protrusión de la lengua y el hongo espumoso que salía de la garganta. Era obvio: El chico había muerto de

asfixia.

Estaba a nada de terminar con el informe, pues aún tenía a otros tres muertos y una pierna calcinada que revisar. Pero, en eso, algo escondido dentro de la garganta del chico brilló con el reflejo del foco. El doctor parpadeó petrificado. ¿Sí lo vio? No, debió haberse equivocado. ¿Acaso era cierto? Jaló la lámpara hacia el muerto con ímpetu, incrédulo de lo que atestiguaba. No lo podía creer. Ahí estaba: un Te Amo atorado justo en la faringe, causa de la asfixia.

El doctor exhaló.

Sabía que era común ver este tipo de casos, pero jamás le había tocado ver uno tan grave, tan grande. Es posible que el chico hubiese traído aquel Te Amo desde hacía mucho tiempo, nunca antes estorbándole lo suficiente como para no respirar. Al principio, se ha de haber convencido que no era más que una gripe estacional, de esas que se quitan con la llegada del otoño. Tampoco ha de haber buscado ayuda. No, pocos lo hacen debidamente. Seguro y, por vergüenza o discreción, el chico trató de esconder aquel Te Amo con miradas prolongadas y llamadas a buzón. Lo más probable es que haya tratado de curarse a base de remedios caseros, de esos que te dicen que reposes en camas ajenas, de preferencia en una diferente cada noche. No ha de haber tardado mucho en darse cuenta que eso solo entumece los síntomas y que, a la larga, nunca sirve. Entonces, ya más desesperado, debió haber cambiado su dieta. Se ha de haber tragado sus celos y desolaciones a muecas forzadas. Tal vez y creyó que con todo aquello mejoraría, que era solo cuestión de darle tiempo al tiempo. Pero el chico, en su ingenuidad, no ha de haber sabido que eso solo hacía peor su problema, pues enamorarse sin decirlo es un mal muy común, de esos que llenan hospitales enteros. Un Te Amo sin extraer es peligroso porque se ancla a la garganta y, mientras más pasa el tiempo, ni el más fuerte de los alcoholes puede extraerlo. Crece de manera exponencial y, aquel que no se percata de su pronta decadencia, lo hace solo hasta que no puede respirar más.

El doctor sentía las lágrimas calientes escurrir por sus mejillas coloradas mientras negaba con la cabeza, violento. Se le abrían grandes los ojos y le punzaba el corazón tan fuerte que su bata temblaba al ritmo de su cuerpo lánguido. Se repetía, incesante, que era imposible.

No podría haber muerto por esto. ¡No!

Exasperado y fuera de sí, el doctor agarró el bisturí de la mesa y lo hundió en el cadáver desde el mentón hasta la cadera. Respiraba alterado y humedecía sus labios reseco con su lengua hinchada de dolor. Desgarró la piel del chico y arrancó todo con fuerza: tejidos, sangre y órganos; dejó la mesa pintada de rojo. El cuerpo yacía abierto y vacío, profanado en

toda su extensión y muerto.

Las manos del doctor tiritaban y sus ojos se movían de un lado al otro, enajenados. Parpadeaba horrorizado de lo que había hecho, jadeaba con frenesí y encorvaba su espalda ancha que estiraba la tela de su bata manchada.

No puedo ayudarte —pensó.

Soltó un llanto ahogado que mordió su lengua hinchada, inhaló con insuficiencia, juntó su palma izquierda a su pecho rígido y se escarbó con el bisturí enrojecido con tal de llegar a su impotencia.

—¡Ya no puedo ayudarme! —gritó.

Se le borró la mirada, dejó los utensilios limpios en la mesa y salió.